

MOMENTO HISTORICO ⁽¹⁾

De Independencia el grito cruzó por los espacios
Y el Dios de las batallas mecó la libertad;
El pueblo americano timbró sus credenciales
Con el augusto sello de patria y de igualdad.

El héroe que quiso grabar en su conquista
Las leyes absolutas de un régimen tenaz,
En tiempo en que las águilas llenaban los escudos
De quien fuera mas cinico, mas fuerte y mas audaz;

Ah! no logró en la tierra de auroras virginales
Dejar solo un mandato de cívica opresión;
Surgieron lostitanes, y al mundo americano
No hollaron como ansiaban Castilla ni León.

La voz del patriotismo vigorizó su arrojo.
Temblaron las coronas y hasta el altar tembló;
El pabellón de guerra juntando á los valientes,
Por cerros y por llanos y selvas tremoló

Y ante el soberbio grito del déspota ambicioso
Que quiso con sus iras la rebelión matar,
Vibró otra voz más alta, más noble, más hermosa:
Bolívar se adelanta, y es él que va á lidiar.

Las lomas araucanas su flora enrojecieron,
Todo el confín hispánico de sangre se anegó,
Y con deshechos cráneos mil cuevas se formaron
Donde el jaguar asilo mas de una vez halló.

Fué largo ese sangriento luchar de polifemos:
Batallan por un lado las huestes de un señor,
En frente resplandecen las lanzas de los libres,
Y en ambos combatientes hay rasgos de valor.

Oh! sí; si el grupo armado que América levanta
Es aguerrido y fuerte, la Hispania es un titán;
No cede del terreno ni un palmo sin combate,
Se cree con un derecho que á conquistarlo van....

La gloria ya disipa las nubes del oriente,
Ya irradian los destellos de venerado Sol,
Ya asoman otros pueblos confiados á su estrella,
La América es ya grande, determinó su rol...

¡Oh Santa Independencia! Con sangre te sellaste,
Vertida tantas veces en lucha desigual
Cuan caro fué tu precio, cuan grande el resultado;
La lucha fué cruenta, su gloria es inmortal.

NICOLÁS N. PIAGGIO.

EL PROCESO ZOLA

No puede la juventud permanecer indiferente ante el desenlace del proceso de Emilio Zola.

El eminente escritor que abandonó la tranquilidad augusta que le daba su nom-

(1) Esta composición la escribí en 1875. Hoy recién la publico aunque con muchas modificaciones, pero muy lejos de buscar para ella un aplauso.

bre de novelista y de literato entre los mas esclarecidos del mundo, para exigir de la justicia de Francia la revisión del proceso de la traición Dreyfus, aparece ante los ojos de la humanidad, el solo, luchando contra todos, jurando decir verdad, pidiendo para el que sufre un gran martirio, la reparación justa de su inocencia, como un apóstol, como un cruzado, de esos que en la edad media van de juez en juez y de justicia en justicia, llamando á la misericordia, sedientos de verdad y de reparación, para llegar al fin de la jornada, desoídos por todos, agobiados por el peso de mil calumnias y mil maldiciones, á confundirse en el oscuro calabozo, ó en el perpetuo destierro con aquel culpable á quien trataban de salvar.

Es perfectamente explicable pues, el entusiasmo de nuestra juventud por acompañar en la hora de la derrota al ilustre autor de la obra.

Cualquiera personalidad de Francia hubiese atraído menos las miradas simpáticas de todos.

Que decir pues de este famoso novelista, que asombra por la fuerza de sus concepciones, que aplasta con la magnitud de su obra, y que como sino fuera bastante su talento criador, su arte de infundir vida á ese mundo de seres que se agitan en las páginas luminosas de los «Rougon-Maquart» se lanza ahora, ceñida ya su frente con todos los laureles, á una campaña incierta y tenebrosa en que solo se despiertan los odios y las enemistades, en que los testigos aparecen mudos, en que un secreto de estado impide tener la certidumbre de las cosas en que los jueces galoneados parecen obedecer á una misteriosa consigna y en el cual la única recompensa es la visión lejana de la verdad, de esa verdad que creen ultrajada, de la reivindicación imposible del traidor que creen inocente.

Acompañamos con nuestra simpatía y con nuestros votos de ventura, á ese hom-

bre de caracter y de sinceridad, que por una convicción de esas que solo alojan los pechos fuertes, arrostró la ira de todos sus conciudadanos y va ahora con la cabeza altiva y la conciencia tranquila á sufrir la pena que le acarreó su actitud de feroz independencia.

Pero con todo, no lleguen los juvenes en su ofuscación, en su fervorosa simpatía por el caído, á maldecir las instituciones de Francia, á llamar miserable como alguien ha dicho á los jueces de alta categoría que han intervenido en los célebres procesos.

Hay que recordar que Francia es nuestra hermana mayor por su régimen democrático y por su virtud republicana.

Hay que recordar que si hay en la tierra una justicia rigurosa é inmutable, debe ser la de Francia, porque ninguna como ella ha hecho caer la cabeza de los reyes por una decisión de un tribunal de ciudadanos.

Hay que recordar que ninguna voluntad despótica ú oprobiosa ha hecho presión sobre el ánimo de estos jueces, y que si han castigado al infeliz capitán Dreyfus con pena tan terrible es porque así se lo indicaban su razón y conciencia. Las opiniones de la mayoría de la prensa europea son así mismo interesadas pues le conviene á su política monárquica, crear dificultades al régimen actual, improvisar con mil aspavientos dictaduras militares en los Boidiffre y los Pelieux, que los viejos reinos y los deslumbrantes imperios, sin detenerse á pensar, cuantas víctimas sufrieron sus martirios delante de Paris, en la Bastilla ante del 89, en Bicêtre, en Mazas hasta 1870. Para probar en fin, que la bandera de la república es la de la inmoralidad y del desorden, y que la debacle del sistema de gobierno de igualdad se aproxima hora por hora.

Nada es menos cierto que esto. El proceso Dreyfus ha sido llevado á cabo por personas honorables. El capitán ha sido

espiado durante todo un año, antes de atreverse la justicia á poner la mano sobre sus galones para arrancarlos.

Y ahora cuando el proceso interminable ha concluido, cuando ha vuelto la calma al corazón del ejército francés que se había estremecido al contar un delator en sus filas, pide la gran voz de Zola la revisión del proceso.

Sino fuera el estado de extraña tensión del equilibrio europeo, á no mediar una potencia comprometida frente á la república, que puede encender á voluntad la guerra continental, tal vez el proceso Dreyfus por una sospecha leve, debía ser revisado. Pero inmensos son los intereses acumulados en contra suyo, todo un pueblo viril ebrio de entusiasmo grita: ¡A mort! ¡A mort! cada vez que su nombre suena.

Todos los tribunales militares de una gran nación que han empeñado su palabra y comprometido su honor al declararlo culpable. Todo un ejército glorioso que clama por el alzamiento eterno del condenado. Y en frente de todo esto, ninguna prueba, ninguna prenda de su inocencia y de su inculpabilidad. Son pues tan trascendentales los motivos que han hecho poner una piedra sobre el nombre del infortunado capitán que este quedará para siempre en su solitaria y espantosa prisión de la Isla del Diablo. Un pueblo entero, y una sociedad en masa lo han condenado. Y hay que respetar la condena. Pero como la justicia humana no es infalible pudo haber error, y el capitán Dreyfus cuando cumpla su prisión perpetua, puede encontrar en Dios la suprema reparación.

JUAN C. BLANCO ACEVEDO

JULIO 13

Ya ha muerto, y sin embargo,
Cada vez que me acuerdo,
Cada vez que esta idea
Cruza con rapidez por mi cerebro,